

darme serenatas, inquietando á las señoras de la corte que me veían con envidia, lo que halagaba mi orgullo de mujer; en fin, caballero, me hicieron la dama de moda, y cuando se llega á ese lugar, á ese emporio, no hay mas porvenir que el hundimiento, la muerte tal vez!---- Una noche en que la reina se encontraba enferma, el rey salió de la cámara solo, me halló á su paso y me dijo: "Doña Amparo, es necesario que lo sepais, os amo," y sin añadir una palabra mas, se fué á su departamento. Aquella declaracion capaz de trastornar el juicio á una mujer menos reposada que yo, me causó una pena terrible; desde aquel instante la tranquilidad huyó de mi alma, y la tristeza mas profunda cayó sobre mi existencia. Pasaban los dias, el rey visitaba con mas frecuencia la cámara de María Luisa, esperando la oportunidad de hablarme que yo siempre esquivaba. Desgraciadamente, capitan, caí enferma y---- una noche----

—Seguid! gritó el capitan, que me estais asesinando!

—Don Félix! replicó la dama con altanería, hasta hoy mi frente no se ha humillado ante nadie y ved que la llevo alta, muy alta!

—Perdonad á mis zelos, tened compasion de un desgraciado!

—Decia que una noche llamó el rey don Carlos á la puerta de mi estancia, y yo sin sospechar que viniese á mi casa y á esas horas, grité descuidada: "adelante." Cuál fué mi sorpresa al ver al monarca llegarse hasta mi lecho y tomar asiento en el próximo sillón!

—Señor, qué haceis? cualquiera pensaria que----

—Nada temais, la hora es avanzada y á favor de este disfraz he penetrado en vuestra casa.

—Ved que estais exponiendo mi honor.

—Soy el primero en respetarlo.

—Entonces no comprometais á una mujer desgraciada.

—Amparo, dijo el rey, ha luchado mi amor con todo lo que me rodea que es espantoso, he querido huir de vos, alejarme para calmar la pasion que me devora; pero todo ha sido en

vano, queria imponerme á este cariño recordando á mi esposa y á mis hijos; pero todos estos obstáculos parecian aproximarme mas y mas á vos---- faltó de fuerza, vencido, humillado, llego hasta vos para ofreceros mi corazon en el silencio lúgubre de mi existencia.

—Es un amor imposible, señor.

—Sí, Amparo, imposible y por eso es mas vehemente!----

—Es necesario ponerse la mano sobre el corazon, desgarrarle si es necesario; pero triunfar; porque el crimen sirve de sombra á ese sentimiento en el terreno en que nos encontramos.

—Es verdad---- adios, y conservad al menos un recuerdo bueno de mí!

—Un favor antes de marcharos.

—Hablad.

—Necesito salir mañana mismo de Madrid y regresar á mi pueblo, de donde no debí haber salido.

—Pensadlo bien.

—Estoy resuelta.

—Tomad la vénia de la reina y partid!----

—Gracias, dije oprimiendo la mano que el monarca me tendia y besándola llena de reconocimiento.

—En aquel instante la puerta de mi gabinete se abrió con estrépito, y á la luz de la lámpara pude contemplar el rostro lívido de la reina.

—Sois un infame! dijo encarándose al rey. Vos, señora, una ingrata; habeis burlado esa fé que depositaba en vos con un cariño generoso.

—Señora, V. M. me acusa, y soy inocente.

—Sí, inocente, repitió el monarca; os confieso, señora, que en un momento de locura he penetrado los umbrales de esta estancia, pero que esta criatura se ha mostrado digna.

—Callad, y no añadais á la ofensa la mentira.

—Salgamos! gritó el rey lleno de furor; y tomando por un brazo á la reina la sacó casi á fuerza de la estancia.

—Miserable! decía Maria Luisa, me habeis ultrajado delante de vuestra manceba.

—Yo me eché á llorar desesperada, resuelta á abandonar la corte y hasta España si era necesario: convenid, capitán, en que la desgracia era injusta conmigo.

—Señora, sí, muy injusta, murmuró D. Félix.

—A la mañana siguiente, ya en tren de camino, fuí detenida por el alcalde del crimen, acusada de haber querido envenenar á la reina.

—Pero esa trama es abominable! gritó el capitán.

—Cuando la envidia y la maldad se alían, no hay remedio, es necesario entregar el cuello á la fatalidad. La corte entera condenó mi conducta y mis enemigos tuvieron un pretexto para vengarse de las humillaciones que yo les habia causado involuntariamente. Todos pedían un escarmiento, y yo deseaba la muerte, la muerte, capitán; porque el término de aquel proceso era el cadalso y yo no tenia valor.

—Y el rey, señora, os dejaba en ese trance?

—Comprendereis que nada podia hacer en esa situación excepcional; ya en la corte se murmuraba que estaba enamorado de mí, y su intercesion equivaldria á una complicidad.

—Yo hubiera arrojado por todo.

—Gracias, capitán, ese rey desgraciado no tiene vuestro valor.

—No sentiría, decid mas bien, este cariño que yo abrigo por vos y ante el cual todo es pequeño.

—Un dia ví penetrar en mi prision á mi tío el abogado don Pedro Núñez de Clavijero: aquella visita extraña me causó una impresion desagradable; sabed, capitán, que ese hombre, como todos los hermanos de mi padre, le habia abandonado á su suerte, cuando merced á mis servicios habian tenido un nombre con que presentarse al rey. El monarca al prendarse de mí, protegió á don Pedro hasta el grado de tolerar rumores siniestros, que le acusaban, así como á mi otro tío don Alvaro,

de no sé que connivencia con los piratas de Gibraltar. Don Pedro es hombre de talento y se hizo un lugar en la corte de S. M., hasta llegar á ser su consejero y confidente. Cuando lo ví en mi calabozo, no se me ocultó que algo grave venia á tratar conmigo.

—Querida sobrina, extrañarás mi visita, me dijo; pero un negocio de sumo interes, un sentimiento de familia, me obliga á presentarme.

—Yo guardaba silencio.

—Se trata nada ménos que de tu honra y de tu existencia comprometidas de una manera desastrosa.

—Lo sé perfectamente, y ya he tomado mi resolucion.

—Podrias comunicármela?

—No tengo inconveniente, lo he meditado mucho pero al fin me he decidido: entre el cadalso y el suicidio opto por este sin vacilacion.

—Estamos perfectamente de acuerdo.

—Y bien?

—Con una sola diferencia, yo quiero que vivas muerta entre los vivos.

—No os comprendo.

—Voy á explicarme: de todos los testimonios de ese proceso fraguado por los aduladores de la reina, resulta á no dudar el cargo espantoso de *regicida*; porque la justicia tiene todo el plan, la combinacion, y hasta el veneno que debias propinar á la magestad de María Luisa.

—Trama infernal!

—Sí, pero inconjurable.

—Estoy perdida; pero yo me salvaré.

—Escúchame: merced á un tósigo, simplemente narcótico, pasarás por muerta; yo me encargo de extraerte de la tumba y partirás conmigo á América donde voy nombrado inquisidor.

Yo me quedé meditando.

—Reflexiona, querida Amparo, que no hay otro medio para salir de esta borrasca.

—Lo acepto.

—Entonces Pedro Núñez de Clavijero sacó un pomo y me lo entregó.

—Esta noche, Amparo, y mañana estás salvada; adios!

—Adios!

IV.

—El inquisidor se alejó y yo quedé satisfecha de encontrar un medio que me arrancase de las manos impías de esos miserables; lo aceptaba, no por amor á la vida, sino con la esperanza de vindicarme alguna vez y que mi nombre pesase en las conciencias de los malvados. Vertí el narcótico en un vaso y lo apuré hasta las heces. A los pocos momentos el vértigo mas terrible acudió á mi cabeza, turbóse mi vista, los oídos zumbaban hasta atarantarme y mi corazon paralizaba sus latidos.---- Despues nada sentí, es que habia entrado en la plenitud del sopor y del narcótico.

—Cuidé de escribir una carta quejándome de la injusticia y motivando en ella mi determinacion de suicidarme.

El alcaide ocurrió á mi calabozo, seguramente di sin voluntad algunos gritos; el infeliz hombre dió parte y Madrid entero supo el suicido de la dama predilecta de María Luisa.

—Desperté en el cementerio y dentro de la caja---- la impresion mas fuerte de mi vida, capitán!

—Lo creo, señora.

—Fué una noche de tormento terrible; yo rompí la madera de la caja, que cedió al momento por estar preparada para un caso; me eché fuera y comencé á vagar como una loca, llena de un terror espantoso.

—Abrióse la puerta del cementerio y entró Núñez de Clavijero.

—Has despertado ya?

—Sí, sacadme; porque temo seriamente la muerte.

—Permanecerás esta noche en la casa del sepulturero hasta mañana.

—Bien, pero pronto.

—Lindando con la barda estaba la humilde casuca del guarda-panteon, la casuca tenia una ventana para el cementerio, desde donde percibí mi entierro.

—Funesta impresion!

—Sí, capitán, yo siempre rodeada de lo mas lucido de la corte, ví asistir á la ceremonia solamente uno que otro curioso; todos se alejaban mas bien que del féretro de una suicida, del cadáver de una mujer que habia caido en desgracia con la reina.

El inquisidor me sacó al fin de aquella mansion de espanto, y bajo la apariencia de una criada vine en el buque que nos trasladó á América. Yo conocia en todo la noble mano del rey.

Don Pedro, temiendo que al presentarme en la corte de México, no tardaria en saberse mi nombre y mi historia, me ha hecho encerrar en esta casa de modesta apariencia, donde vivo sola y desesperada.

—Sois muy desgraciada, murmuró don Félix.

—Ese miserable ha revelado el secreto al marques de Croix, actual virey, me lo ha presentado como un confidente de un secreto que no debia nunca haberle confiado, y ese hombre, capitán, se permite requerirme de amores. Don Pedro ha colocado su retrato en este aposento, y á fuerza de verlo he acabado por detestarle; sí, don Félix, el virey se ha dejado decir que tenia en sus manos mi destino, que el rey le mataría despues, pero que él satisfaria una venganza.

—Terrible situacion!

—Sí, terrible, hacedla mas negra si quereis.

V.

Oyóse un silbido prolongado y Luisa entró á pocos momentos pálida por la emocion.

—Señora, señora, ellos son! venid, capitán.

—Id, don Félix, permaneced en la casa hasta que salgan.

—Pero pronto, decia Luisa, sin poder contener su emocion.

Don Félix salió apresuradamente, y conducido por Luisa, se entró en el aposento de Rosalía.

La jóven dió un grito al reconocer al capitán.

—Ella otra vez! murmuró don Félix, y sus miradas se fijaron con entusiasmo en el rostro encantador de aquella mujer.

CAPITULO XV.

LANCES Y RELANCES.

I.

El inquisidor don Pedro Núñez de Clavijero y el virey Branciforte penetraron en el aposento de Amparo.

El marques de Croix era un hombre delgado, de nariz aguileña, lampiño, de labios finos, frente deprimida, y todo el rostro color de escarlata; los ojos surcados de venas denunciando la tendencia á los licores embriagantes.

Branciforte tenia mal corazon, y era uno de tantos hombres á quien el fanatismo de Carlos IV habia colocado en el dosel de Nueva España.

Branciforte tenia un gran defecto, la avaricia; al encontrarse en las Indias, se propuso enriquecerse á costa de las arcas públicas y de las particulares, llegando su codicia hasta el grado de propagar la idea de que era de mal tono llevar *perlas* en el tocado, dándole preferencia al *coral*. Las señoras de la corte siguieron la corriente de la moda, y Branciforte compró una